



**H.C.F. Mansilla**

# **África y Julitane**

---

# África y Julitane

Por H.C.F. Mansilla

Los ríos de aguas mansas y oscuras, la estepa y el desierto, la selva y las ciudades del África Occidental están unidas en mi memoria al recuerdo de Julitane. No me gustó esa parte del continente, ni sus gentes, ni sus paisajes, y mucho menos su ámbito político. Y, sin embargo, cuando pienso en aquel tiempo, que fue el de mi segunda juventud, la remembranza de Julitane se sobrepone a todo y embellece una etapa que sin ella merecería ser calificada como mediocre y tediosa. He viajado por gran parte del ancho mundo, siempre en pos de cosas hermosas y dignas de verse, y aquella estadía en África debería ser considerada como una experiencia anodina según mis propios criterios estético-históricos. Pero ahí surge con fuerza la imagen de Julitane, el regalo de los dioses, y con ella la idea de felicidad plena y la necesidad de agradecer al universo por aquella dicha irrepetible.

La distancia y la nostalgia, así como las brumas y sombras de la memoria han embellecido sin duda mi recuerdo de Julitane. Tiendo normalmente a considerar las construcciones teóricas con mucho escepticismo y a percibir los asuntos humanos con marcado pesimismo. Por ello yo mismo estoy sorprendido del entusiasmo exorbitante (e inverosímil) con que me refiero a todo lo vinculado con Julitane. La explicación es muy simple: no me ha ocurrido nada semejante en un lapso de tiempo tan corto. Nunca olvidaré la magia de la primera vez que la vi: fue mi primer día de trabajo en la fundación Friedrich Ebert, situada en el centro moderno de Dakar. Ella era la encargada de las relaciones públicas de nuestra institución. Estaba vestida de forma recatada, con un traje sastre europeo de color crema, cuya falda, larga hasta los tobillos, tenía un corte sutil que dejaba ver sus largas y hermosas piernas, de una factura impecable. Era difícil apartar los ojos de esas líneas tan bien logradas. La puerta de su despacho estaba entreabierta, tal vez premeditadamente, de tal manera que era imposible pasar por alto su figura esbelta, su porte majestuoso y sus ademanes lentos y estudiados, pero de una sensualidad difícil de explicar. Era una mujer altiva, orgullosa de su

origen y posición, consciente de la atracción que irradiaba sobre aquellos hombres que saben apreciar la elegancia y la distinción. Por entonces era muy joven, de unos veinticuatro años (nunca me atreví a preguntarle su edad exacta), y parecía ser la encarnación de una salud exuberante. Como se sabe, la apariencia de salud plena tiene una connotación fuertemente erótica.

Le pregunté inmediatamente a mi jefe y amigo, el director de la fundación, quién era esa belleza llamativa que perturbaba mi espíritu a las pocas horas de haber llegado al África, y él me aconsejó que no la mire ni la aborde, pues tenía fama de inalcanzable. Hacerle la corte, me dijo, aumentaría aun más su arrogancia, que ya era inmensa, y dificultaría, por otra parte, el clima laboral de la fundación, que, como correspondía a una institución de la socialdemocracia alemana, debía estar impregnado de igualitarismo y dedicación exclusiva al trabajo. Mi jefe y amigo no pudo, sin embargo, evitar una mención muy positiva a la calidad de su desempeño, a sus magníficas vinculaciones con el mundo político senegalés y al hechizo que Julitane ejercía sobre los miembros de la colonia extranjera en Dakar. Todo esto acrecentó mi interés por ella, ya que el buen gusto y los valores aristocráticos en una mujer ejercen un considerable atractivo estético y sensual sobre mi persona.

En la tarde de la primera jornada laboral en Senegal di una vuelta por todos los ambientes de la Fondation Friedrich Ebert. La intención era clara. Puse cara de sorpresa al encontrarme con Julitane, a quien besé la mano y le expresé mi homenaje según la costumbre de la nobleza europea. No esperaba nada más que un primer y fugaz encuentro, pero ella me pidió inesperadamente que pasara a su despacho. Allí la pude admirar con calma. Sus ojos de color miel, su piel de tonalidad café-au-lait claro (como ella misma se describía), su voz firme y sensual, su francés clásico y perfecto — me recordó la dicción del presidente Valéry Giscard d'Estaing —, sus movimientos felinos y su figura de una irradiación poderosamente erótica (pero contenida por un gusto exquisito) me hicieron vislumbrar una dicha que yo, obviamente, no merecía. Ella estaba algo intrigada por mis funciones en la fundación, como todos los otros empleados. Lo que yo debía hacer en Dakar era una especie de auditoría externa de corto plazo sobre la utilización de recursos financieros muy altos destinados a fines muy dudosos, además de la introducción de nuevos proyectos. Afortunadamente mi

jefe y amigo había dejado mis actividades en una loable oscuridad frente a todos los funcionarios. Equivocadamente, y por suerte para mí, Julitane se imaginó que yo tenía un importante cargo en la central de la fundación y que mis labores se relacionaban con la alta política, que era una de sus debilidades principales. Creo que este malentendido fue decisivo para facilitar mi acercamiento a Julitane, pues mi edad, mi escasa fortuna y mi modesto aspecto físico no constituían factores que atraigan a una mujer como ella. En mi ingenuidad y para reconfortar mi espíritu me digo que el amor de Julitane después de la primera noche se consolidó gracias a las cualidades que ella descubrió en mí. Debo señalar que la posterior carrera política de Julitane fue muy modesta, por debajo de sus propósitos y anhelos, lo que se debió, entre otros factores, al machismo imperante en una sociedad casi enteramente islámica y al haber apostado todas sus cartas a la corriente dirigida por su padre. En ese fracaso existencial ambos nos parecíamos.

En ese primer día de gloria, que los dioses me concedieron para compensar la fealdad de Dakar y el tedio que me esperaba en África, Julitane se mostró amable y condescendiente, sin perder su aplomo. Lo que yo pensé que sería una visita protocolaria y breve a su despacho, se convirtió en un encuentro de cuarenta minutos a solas. Por suerte mi jefe y amigo no se dio cuenta de nada. Hablamos de temas rutinarios que eran inevitables en ese contexto: los estudios de cada uno, las estadías en París, la socialdemocracia en el Tercer Mundo, las bondades de la Friedrich-Ebert-Stiftung. No sé muy bien porqué y cómo Julitane aceptó una modesta invitación mía a tomar un café y dijo que lo mejor era verse esa misma tarde a la conclusión de la jornada laboral. Ante mi ligero asombro me preguntó directamente si ella me gustaba. Yo confesé que sí y mucho, y Julitane tomó sorpresivamente una de mis manos con un gesto de cariño, la retuvo unos minutos y yo pude darle un largo beso en su mejilla. Fue uno de los momentos más emocionantes de mi existencia.

Decidimos ir al local que quedaba al lado de la fundación, que era entonces el punto de reunión de la jeunesse dorée de Dakar. Cuando a las cinco de la tarde fui a buscarla para ir al café, pasó algo curioso, que se repetiría muchas veces. Julitane se negó terminantemente a caminar los pocos pasos que nos separaban del café, alegando que sus ilustres amistades

pensarían que estaba acompañada por un pobretón que ni siquiera podía pagar un taxi. No hubo más remedio que tomar un coche, dar una vuelta a la manzana y descender ostentativamente del mismo a la puerta del café. Algunos jóvenes de aspecto patibulario la saludaron displicentemente, y ella me explicó que se trataba de vástagos de las mejores familias de Senegal y futuros líderes del país. Probablemente era verdad; también en América Latina los políticos en ciernes tienen a menudo una apariencia que infunde miedo o asco. Le pregunté por su vida y sus anécdotas principales, y como toda mujer egocéntrica, se explayó con gusto sobre esta temática. Pero no fue aburrido porque me permitió poner mi mano sobre la suya. Estas primeras caricias me supieron a paraíso. Su piel era sedosa, ligeramente húmeda, tersa. Era la piel de una fruta a la que le falta un paso para estar en el apogeo de su desarrollo. Sus mejillas ya tenían el tono y el colorido de la madurez. Sé que repito lugares comunes, pero no hay otra forma de relatar estos acontecimientos que en mi memoria duraron unos instantes fugaces, aunque estuvimos en el local hasta las nueve de la noche. Poco a poco pude admirar su cuerpo y su alma, sus movimientos y sus ideales, sus pequeños trucos y sus grandes cualidades. Julitane tenía un hermoso rostro ovalado, con unos ojos espléndidos de mirada viva e inteligente. Sus dientes eran perfectos y sus labios llenos. Hasta sus orejas eran encantadoras. Ya mencioné sus piernas, de las que sólo se podía hablar en superlativos. Al poco tiempo pude colocar una mano sobre sus rodillas y probar la densidad de aquella piel incomparable. Después Julitane se quitó su chaqueta y disimuladamente abrió un botón de su entallada blusa, dejando entrever una deliciosa curvatura y un color más claro: los encantos de una adolescente en una mujer que sabía lo que valía.

Durante esas primeras horas, que tuvieron la frescura del descubrimiento y el nacimiento de una pasión, Julitane me contó diversos detalles de su vida y de la política senegalesa, de la que era una gran conocedora. Inmediatamente me di cuenta de que la modestia no era su virtud principal. Pero ello nunca me molestó: no conocí a ninguna persona inteligente e importante que lo fuera. Julitane era ciertamente soberbia, pero tenía motivos suficientes para ello. Por padre provenía de la nobleza regional, aunque fuera de Senegal nadie la reconocía como tal. Era perspicaz y muy instruida, lo que molestaba a los hombres. Era hermosa, lo que incomodaba a las mujeres. No le faltaba ni dinero ni talento. Ya dije que no

carecía de ambiciones. Quería brillar en el mundo de la política, pero con ideas originales y proyectos propios. Venía de una ilustre familia ligada a la política y cercana a Léopold Sédar Senghor (1906-2001), fundador y primer presidente de Senegal y, al mismo tiempo, el literato más ilustre que dio hasta hoy el África Occidental: el creador de la négritude. La entrada de Julitane a la Friedrich-Ebert-Stiftung se debía a una insinuación de Senghor, quien tenía todavía un notable peso dentro de los círculos socialdemocráticos de África y Europa. Por entonces era presidente de la Internacional Socialista Africana, el proyecto más exitoso de nuestra fundación. Julitane se consideraba su heredera.

Me enamoré perdidamente de ella, y le dediqué mi tiempo y mis limitados ingresos. Nos vimos cada tarde y casi cada noche, hasta que tuve que abandonar Senegal. Mi corazón, pleno de agradecimiento por el amor de Julitane, no percibía que yo gastaba mucho más dinero de lo que era razonable. No pude ahorrar ni un penique en mi aventura africana. Con Julitane la diversión resultaba tan deliciosa y los frutos de nuestros emprendimientos conjuntos tan dulces, que yo, lleno de felicidad, olvidaba que ese amor era muy caro y sin futuro.

A los pocos días, durante el fin de semana, Julitane y yo emprendimos un inolvidable viaje a la costa. Nos detuvimos primeramente en N'bour-sur-Mer, donde pernoctamos. Como ya expliqué, la suya era una sensualidad avasalladora, en el sentido de que todas nuestras actividades estuvieron impregnadas por ella. Pero era al mismo tiempo una sensualidad de exquisito gusto, de notable moderación en las formas. Y lo más seductor era su voz, junto al juego de sus miradas: algo que no se puede describir adecuadamente con palabras, algo que combinaba la pasión, la inteligencia, la diversión y hasta un toque de cariño maternal. La primera noche fue simplemente gloriosa. Todo sucedió de modo natural. Me acordé de la frase de Esquilo: Todo lo divino ocurre sin esfuerzo. Se dejó desvestir y admirar con gracia y chispa. Su cuello era como el celebrado en el Cantar de los cantares del rey Salomón. Su cintura era muy pequeña, lo que hacía resaltar su figura casi perfecta. Descubrí sus senos, moderados y sólidos, como los de una adolescente que recién ingresa a la madurez. No me cansaba de acariciarlos y alabarlos. Esto le agradó mucho a Julitane, pues a la mayoría de los africanos les gustaban unos pechos groseros y gelatinosos, muy diferentes de los de ella.

Julitane creía que en ese punto se manifestaba el mal gusto de las masas plebeyas, aunque fuesen hombres de buena posición y formación. Los senos pequeños resisten mejor el paso de los años, no se transforman en sacos informes y colgantes y muestran una sensibilidad deliciosamente aguda.

El acto amoroso fue realizado mediante un dulce entusiasmo, impulsado por un fuego delicado y dirigido por una curiosidad respetuosa. Nunca dormí tan bien como aquella noche en N'bour-sur-Mer, lugar insignificante y perdido en la distancia, pero siempre presente en mi nostalgia. Desde entonces he pensado que el vínculo con Julitane no era una cosa humana, sino que transcendía claramente la esfera terrenal en dirección a lo divino. Según ella nuestro amor tenía algo así como una naturaleza sagrada: representaba la unión entre el sujeto y el mundo, entre el principio de la acción y el de la conservación, entre la razón y la fe. Aun sin aceptar estas reflexiones de orden teológico, me di cuenta de que nuestro amor – que tenía un carácter poderosamente profano, es decir: mundano, material, físico – estaba ennoblecido por un cariño apacible, por un profundo interés en comprender al otro. No nos relatamos todas nuestras experiencias y nuestros secretos: ello hubiera eliminado cualquier elemento adicional de sorpresa y curiosidad. Y hubiese sido también una concesión a las costumbres plebeyas. Pero nos sentíamos muy hermanados ante la fugacidad de la vida, la precariedad del bien, la estupidez de los políticos y la credulidad de las masas, pero ante todo frente a la belleza – esa sí: imperecedera – que emana de las grandes obras de la literatura y el arte.

Luego seguimos a la Petite Côte y a Joal-Fadiouth (cuna de Senghor), lugar seguramente muy aburrido, pero de reminiscencias mágicas para mí a causa de mi pasión por Julitane. Eran balnearios con pocos turistas. Las olas en las playas eran enormes y muy peligrosas, como es lo habitual en aquellas comarcas del África. La mayor atracción era la Île de Gorée, posteriormente declarada patrimonio histórico de la humanidad. De allí partían las grandes caravanas marítimas cargadas de esclavos, los que previamente eran encerrados, examinados y negociados en las enormes barracas de la isla de Gorée, que todavía están en pie. Fue una visita terrible, pero yo sólo tenía ojos para Julitane.

En una excursión posterior a Gambia y al sud de Senegal exploramos los vínculos entre religión y pasión amorosa. Fueron los mejores días con ella. Banjul, Kaolack, Ziguinchor, la Basse Casamance, el parque nacional de ese nombre, Oussouye, N'Aempore, la frontera con Guinea-Bissau y los pantanos y manglares de esa antigua colonia portuguesa fueron los testigos de un amor que parecía perfecto. Me acuerdo poco de Banjul, la capital del Estado soberano de Gambia, que es en realidad un pequeño enclave de habla inglesa dentro de Senegal. De Guinea-Bissau recuerdo sólo el estado caótico del país y de su administración pública, la pobreza generalizada, el portugués arcaico y gutural que hablaba la población, la lentitud de los transportes y el aire malsano que venía de las ciénagas interminables. No se percibía absolutamente nada del modelo socialista radical que prevalecía allí desde la independencia, como en todas las otras ex-colonias portuguesas. Deseo resaltar este hecho paradójico en la historia de África.

En el viaje a Gambia, realizado con varios funcionarios nuestros, vi claramente cómo funcionaba nuestra institución en la práctica. La fundación promocionaba concepciones socialdemocráticas para el fortalecimiento de los partidos afines. No había cómo fiscalizar el uso de los fondos que los europeos derramaban sin ton ni son sobre grupos organizados que decían pertenecer a esta tendencia política. Nos recibió personalmente el Presidente de Gambia, Alhagi Sir Dawda Kairaba Jawara, un hombre de aspecto majestuoso y patriarcal, veterinario de profesión. Nos llevó a inspeccionar escuelas y cuarteles, engalanados con banderas rojas y retratos de Willy Brandt. Mi jefe y amigo me comentó que los edificios habían sido construidos por la administración colonial británica, pero la fundación no tenía más remedio que “consolidar” los fondos del partido hermano de Gambia, que hacía pasar esas edificaciones como centros levantados con dineros de la cooperación extranjera. En las noches Sir Dawda, un hombre bonachón y bienintencionado, nos invitaba irremediabilmente a las “conversaciones serias”, que se celebraban en medio de comilonas, chicas jóvenes y música insoportable. Y mi jefe y amigo decía, entre divertido y resignado: “Los caminos del Señor son insondables. De alguna manera ayudamos a levantar una democracia”. Y en cierto modo tenía razón: en Gambia, país mucho más pobre que Senegal, Sir Dawda había construido un régimen estable y pacífico, con pleno respeto a los derechos humanos y al pluralismo ideológico, que además promovía la emancipación de la mujer.

Casi todas las actividades de la fundación (y de innumerables organizaciones no gubernamentales, que pretendían cosas parecidas) eran vistas por los ciudadanos africanos como vehículos de acercamiento al poder y al ascenso social. Esta constelación se ha mantenido hasta nuestros días. Muchos africanos tienen una visión estrictamente instrumental de la democracia, del Estado de Derecho y hasta de una mejor educación. No son valores en sí mismos, que vale la pena obtener para alcanzar una vida más lograda, sino simples peldaños en el camino hacia el poder, el dinero y el prestigio. Y como es percibida como un medio para otros fines, la democracia permanece como algo superficial, como una moda de la época que es importante en un momento dado, pero que no cala hondo y que puede ser desechada fácilmente si las circunstancias exteriores así lo sugieren. La democracia interna en los partidos, el pluralismo de programas y la concepción de los derechos humanos son consideradas, en el fondo, como algo que puede resultar molesto y engorroso, impuesto por los organismos de la cooperación internacional. Se obedece estos imperativos por las dudas, para no perder jugosos fondos y para no quedar al margen del desarrollo en perspectiva comparada, pero sin un convencimiento íntimo de que son normas valiosas de orientación en el entramado social.

Desde el primer momento noté lo siguiente. La gente que se acercaba a la fundación – y eran miles – no lo hacía por una convicción profunda o por amor a ciertos principios ideológicos, sino casi exclusivamente a causa de motivos profanos: honorarios, encargos, becas, contactos, vínculos y todo aquello que los acercara a la divina esfera del poder. Digo divina porque creí ver que hasta los intelectuales más ilustres que merodeaban en los generosos meandros de la fundación, lo hacían por las ventajas mundanas mencionadas, y casi nunca por fines altruistas.

Como consultor externo e independiente mi trabajo en la fundación consistía en confeccionar informes sobre la buena utilización de los fondos que la institución destinaba para fomentar partidos socialdemocráticos y la educación pluralista por toda África. Estos esfuerzos dieron frutos muy modestos: sólo en Botswana, Senegal y la Isla Mauricio se puede hablar hoy de partidos socialdemocráticos sólidos y limpios. En numerosos países el

dinero paraba en manos de caudillos tradicionales, partidos corruptos e instituciones fantasmas. Para mí los casos más dramáticos de un pésimo uso de nuestros escasos fondos fueron Kenia y Tunesia: en el primero se fomentó uno de los regímenes más corruptos del mundo entero y en el segundo una forma pérfida de autoritarismo. Pero mi jefe y amigo, hombre muy experimentado en el resbaloso ámbito de la praxis, me decía: “No podemos escoger situaciones ideales que nunca se dan en la práctica. Tenemos lamentablemente que trabajar con los políticos, los militantes y los partidos existentes. Ya vendrán épocas mejores. Laboramos para el porvenir, y sería una enorme arrogancia pensar que el futuro es sólo la repetición del presente. Los historiadores de la posteridad sabrán entender y valorar nuestros intentos y nuestros desvelos.” Ante estos argumentos, cuya plausibilidad es clara, yo no podía decir nada de peso comparable. Conversé muchas veces con políticos y altos funcionarios de las jóvenes naciones africanas: casi todos ellos eran de trato muy fino, habían estudiado en universidades francesas y británicas, se movían muy bien en el ambiente de las organizaciones internacionales, pero no se interesaban gran cosa por problemas largo plazo, como la ética, el medio ambiente, el destino del propio país.

Cruzamos el río Gambia y ahí, cuando termina la estepa y comienza el bosque, Julitane y yo no pudimos ocultar del todo nuestro sólido vínculo. Mi jefe y amigo y los otros funcionarios no podían disimular una cierta envidia. No nos importaba en lo más mínimo. Al sud del Gambia se va diluyendo la influencia del Islam y del desierto, y empiezan el paisaje verde, los árboles tropicales, los cultos animistas y la música alegre. La gente canta en las calles, se divierte más y trabaja menos. No hay animales salvajes en esa región, pero, por lo menos, se perciben olores tropicales, brisas misteriosas y melodías sensuales. Pernoctamos en Ziguinchor, capital de la Basse Casamance, fundación portuguesa, como innumerables ciudades a lo largo de las costas africanas. ¿Quién diría que en esta región tranquila, de aldeas y paisajes idílicos, se desataría poco después una guerra de guerrillas de notable intensidad y duración?

Fue en esa región tropical, donde no hay permanentemente arena en el aire, entre los dientes y en los ojos, como ocurre en la estepa, y tampoco predicadores musulmanes a cada paso, cuando más hablé con mi amiga de los nexos entre el amor y la fe. Me acuerdo muy bien de

la religiosidad de Julitane, alejada de los ritos y centrada en aspectos filosóficos, como su gratitud a Dios por el amor físico bien logrado. Todo su comportamiento estaba muy lejos del Islam convencional. Compartíamos una religión ética sin exterioridades, dogmas e instituciones, que más tarde encontré en los pesados escritos de Immanuel Kant. Ahí, en los dulces brazos de Julitane, comprendí que la verdadera felicidad no proviene de entender los grandes sistemas filosóficos o los tratados de teología, ni tampoco del ejercicio del poder político, sino de gozar de pocos instantes, siempre breves, cuando uno admira obras de arte, fragmentos de música y de colores, o piernas perfectas y senos impecables como los de mi amiga. Siguiendo a Vladimir Nabokov, ella me dijo: experimentar la belleza de forma consciente es el acercamiento humano más próximo a la comprensión de las grandes cuestiones, como el sentido de la vida, la existencia de Dios y el secreto de la muerte. Y el amor sensual, realizado con la persona que uno quiere y admira, es el método más simple y adecuado. Acariciando la suave piel de Julitane no me daba cuenta de qué es lo absoluto, pero tenía el feliz sentimiento de que estaba en el camino correcto, precisamente porque todo esto sucedió sin ninguna niebla de la mente.

En la Basse Casamance descubrí que Julitane tenía dos registros de voz. El uno era el oficial: una voz argentina, clara, sonora, imperiosa, de expresión impecable, de elegancia insuperable. No exagero ni un ápice. El otro registro, el más íntimo y suave, surgía cuando ella estaba libre de tensiones, exenta de la vigilancia de los otros y alejada de los imperativos de la razón: cuando se daba el lujo de ser espontánea. Era una voz de timbre bajo, sensual y apasionado, una genuina promesse de bonheur, que se mezclaba con las expresiones de una adolescente adorable, una voz que yo llegué a amar sobre todas las cosas. Insisto en mencionar este tema, pues hasta hoy me parece que el timbre de su voz, la manera de hablar y argumentar y las cadencias que producía eran lo más bello de Julitane. Era ciertamente una manera de hablar segura de sí misma, sin debilidades o concesiones a su rol de mujer. La precisión y la exactitud de su estilo representaban, según ella, el respeto y la importancia que ella atribuía a los interlocutores y su deseo de ser bien comprendida por estos. Además su manera de hablar exhibía siempre un matiz irónico, moderado y en el fondo divertido, que a veces encubría o dulcificaba aspectos penosos y tristes. Su habla poseía una maestría bondadosa y sabia, revestida de un estilo clásico, brillante e incisivo. El solo recuerdo de su

voz me emociona profundamente, pues ella me acercaba al paraíso. ¿Y qué puede ser el paraíso si no es el lugar familiar donde el sentimiento de felicidad, más o menos estable, no se vuelve tedioso porque nos puede conmover a menudo?

Desde el primer día el recuerdo de Julitane ha estado vinculado a la literatura. Pocos meses atrás habían aparecido dos novelas, que mi jefe y amigo las declaró como lecturas obligatorias para los empleados de la fundación. Con mucha sabiduría nos convenció de que las grandes obras de ficción nos enseñan mucho más sobre la realidad cultural y política que los esfuerzos de las ciencias sociales. No sé si estos libros pertenecen a la gran literatura, pero ciertamente han influido hasta hoy de manera decisiva sobre mi visión de África. Recibí las dos novelas como regalo en el momento mismo de ingresar a la fundación el primer día de trabajo: Juletane, de Myriam Warner-Vieyra, y Le pleurer-rire, de Henri Lopès (ambas publicadas en París por Présence africaine en 1982). Durante semanas se dieron interesantes debates en la fundación y en los círculos de extranjeros en Dakar en torno a estas dos obras, que mi amiga Julitane detestaba con vehemencia. Sobre todo Juletane, tan similar a su nombre, le pareció abominable, una especie de insulto personal. Poco a poco comprendí porqué, pero esto no rebajó mi alto aprecio por la novela.

Como la vida de un escritor está tan ligada a los libros, es indispensable echar un breve vistazo a estas novelas. Henri Lopès, nacido en 1937, es un distinguido novelista congoleño, un maestro recreador del idioma y un notable fabulador. Le pleurer-rire es su obra maestra y un clásico de la ficción de toda África. Constituye un brillante experimento literario: una estructura polifónica de gran belleza y refinamiento, compuesta por fragmentos dispersos de la más diversa índole, un despliegue delirante de buen humor e ironía. Es, sin duda, una mirada crítica, a momentos cínica y sin atenuantes sobre las costumbres políticas de aquellas naciones del África negra que habían accedido a la independencia pocos años atrás y que habían malbaratado el tiempo de la autonomía y la libertad. Escrita desde la perspectiva de un secretario y confidente del Jefe de Estado, que clandestinamente mantiene contactos con la oposición, la novela describe, por un lado y con tono despreocupado, las aventuras y travesuras del dictador Tonton, a menudo sangrientas, y, por otro y con intención analítica, la mente tortuosa del mismo. Tonton es seguramente el terrible y folklórico Mariscal

Mobutu Sese Seko (1930-1997), que gobernó Zaire con mano de hierro durante 32 años a partir de 1965. Era presidente del Estado más extenso y más rico en recursos naturales de toda África, país al cual le cambió el nombre (de Congo a Zaire), le dio otra bandera y otro himno nacional, y modificó asimismo los nombres de innumerables ciudades, provincias, instituciones y accidentes geográficos. El mismo, bautizado según el rito católico como Joseph-Désiré Mobutu, después se llamó oficialmente Mobutu Sese Seko Nkuku Ngbenda wa Za Banga: El guerrero todopoderoso que con resistencia y voluntad inflexibles va de conquista en conquista, dejando el fuego a su paso, o en versión abreviada también oficial: El guerrero que deja una estela de fuego. Abandonó la vestimenta occidental e introdujo un traje al estilo de Mao Tse-Tung, recubierto con la piel de un leopardo y con un sombrero ceremonial del mismo material. Muchísima gente, por ejemplo un buen número de los funcionarios internacionales y los ciudadanos de a pie del África Occidental, aplaudía este cambio de indumentaria: se lo percibía como una recreación innovadora en el campo simbólico y como una contribución importante al desarrollo de una genuina identidad nacional. En una palabra: Mobutu era popular, su poder omnímodo y como persona absorbente y vengativo.

Lo más interesante es la reconstrucción de los motivos, los valores de orientación y los anhelos del dictador, tan difundidos (y arraigados) entre la clase media urbana africana y la casta de políticos de todas las tendencias imaginables. *Le pleurer-rire* es la crónica de las canalladas del gran amo y señor del país, figura patriarcal amada, venerada y temida por la población. Al final uno no sabe si reír o llorar ante la constelación de picardía, miseria, horror y estupidez que caracterizó al régimen de Mobutu y que se ha repetido, con pequeñas variantes, en numerosos países africanos y latinoamericanos.

El libro me resultó indispensable para entender la naturaleza del modelo zaireño, que combinaba sin problemas una ideología anti-imperialista con la práctica de una cleptocracia que no tenía rival. Henri Lopès expuso su vida al publicar *Le pleurer-rire* durante el apogeo del gobierno del mariscal. Cuando yo estuve en Senegal, este autor era uno de los huéspedes favoritos de nuestra fundación, pero por motivos que Julitane detestaba. Y en parte con razón. Lopès era un típico funcionario internacional, siempre a la caza de buenos puestos y

proyectos en organismos que ofrecían buenos honorarios y protección a sus empleados. Era un mulato: como él mismo decía, un hijo del marfil y del ébano. Era partidario del mestizaje racial y cultural y criticaba de forma vehemente la concepción de la négritude de Senghor. Esto no le impidió transformarse con los años en el gran campeón de la francofonía. Había nacido en el Congo belga (Léopoldville), pero hizo su carrera rutilante en el Congo francés (Brazzaville). Pertenecía a un movimiento socialista de obreros, que obviamente recibía asistencia jugosa de los partidos hermanos de Europa, y eso en un país donde no había industria de ningún tipo. Mediante un golpe de Estado en 1969 Congo-Brazzaville se convirtió en una democracia popular socialista, con un gobierno de tintes radicales que permitía un solo partido político. Henri Lopès fue Ministro de Educación y luego Primer Ministro (1973-1976) de aquel régimen, que se inspiraba en la Revolución Cubana y se alimentaba de fondos soviéticos. Pocos años después el mismo gobierno redescubrió las bondades del capitalismo y la economía de mercado, y (como en Benin y otros países) edificó un modelo neoliberal, alabado por el Banco Mundial. La población nunca fue consultada. Debo admitir que Henri Lopès era un oportunista talentoso y simpático.

De todas maneras hay que considerar los siguientes aspectos, a los que este autor dedicó su crítica acerada. Mobutu acumuló en vida una de las mayores fortunas del mundo, cuya magnitud es difícil de apreciar. Por un lado estatizó grandes empresas extranjeras, sobre todo en el campo de la minería y los servicios; por otro llamó y halagó al capital privado internacional. Apareció siempre como héroe de la africanidad auténtica, y se consagró simultáneamente a una labor de represión y vulneración de los derechos humanos que no conocía límites. Todo esto no impidió que el gobierno de Mobutu fuera uno de los mayores receptores de la ayuda internacional y de créditos muy favorables. No es fácil caracterizar este tipo de modelo "civilizatorio" que combina elementos tan dispares – según nuestra lógica –, pero que en el Tercer Mundo goza de excelente salud.

Al comienzo de mi estadía en Senegal recibimos la visita de Jean Nguza Karl-i-Bond (1938-2003), varias veces Ministro de Asuntos Extranjeros y Primer Ministro de Zaïre, hombre de confianza del dictador y niño mimado del Banco Mundial y de los organismos de cooperación internacional. Parecía una figura salida de alguna novela del realismo mágico.

Era un hombre elegantísimo, de modales muy finos, un cosmopolita que hablaba perfectamente varios idiomas occidentales. Autor de diversos libros, tenía un conocimiento espléndido de la historia y de los problemas contemporáneos de todos los países africanos. Debo admitir que escuchar a este notable políglota – hombre de un enorme encanto personal – era casi tan cautivador como estar con Julitane. No importaba que representase a un tirano monstruoso; la fundación se puso sus mejores galas para recibirlo. Se compraron algunos muebles, se cambiaron las cortinas y se hizo una limpieza general. Mi jefe y amigo tomó cinco pastillas tranquilizantes el día de la gran visita. Julitane tardó varias horas en arreglarse: parecía una actriz de cine. Yo me sentí muy orgulloso de mi amiga: nadie en la fundación podía rivalizar con ella en el dominio de lenguas extranjeras y de datos específicos sobre Zaire y el África Austral. Toda la extensa conversación con Karl-i-Bond fue dirigida por ella. Naturalmente que nuestros funcionarios sabían mucho sobre Senegal y los países circunvecinos, pero nadie entendía muy bien lo que pasaba en otras regiones africanas. Esa era la especialidad de Julitane. Durante la cena el propio Karl-i-Bond nos relató fragmentos de su agitada vida. Lo hizo en forma muy abierta y amena, desarmando de antemano a sus posibles críticos. Su argumento principal era simplemente irrefutable: había que colaborar con Mobutu porque entonces no existía alternativa alguna. El dictador había sido elegido legalmente, su popularidad entre las masas zaireñas era incuestionable, su poder estaba bien cimentado. Había que actuar en la realidad del momento y con los políticos del instante: no se podía esperar a que surjan situaciones democráticas ideales y líderes esclarecidos como en Europa. Estas razones encontraron la total comprensión de los senegaleses; hasta mi jefe y amigo afirmaba que nuestra primera obligación era ser realistas y no pedir peras al olmo. De modo muy divertido Karl-i-Bond nos contó que su fuerte era la paciencia: muchas veces había perdido la confianza del dictador y caído en desgracia, y otras tantas había recuperado su posición privilegiada. No valía la pena buscar causas racionales para comprender esos vaivenes. Lo mejor era tener confianza en la bondad natural de Mobutu. En una ocasión, siendo Primer Ministro, fue acusado de seducir a la primera dama, cosa muy peligrosa, pues el dictador era hombre extremadamente celoso y posesivo. Karl-i-Bond fue destituido y luego torturado con saña – nos confirmó que lo dejaron impotente para el resto de su vida – y finalmente condenado a muerte. El día fijado para la ejecución fue perdonado y restituido a su dignidad anterior sin mayores

explicaciones: del cadalso al palacio. Por la patria bien valía hacer algunos sacrificios. Julitane lo contemplaba embelesada, de manera que me puse un poco celoso, pues también circulaban rumores de que ella había tenido un cálido romance con Karl-i-Bond durante una visita similar en años anteriores. Julitane no quiso hablar del tema, diciéndome, con sabiduría y dulzura, que investigar el pasado de una dama no es una actitud aristocrática. Me tranquilizó el hecho de que Karl-i-Bond había sido emasculado.

Julitane detestaba la obra de Henri Lopès porque le parecía una ofensa a toda el África negra, a los patriotas que habían luchado por la independencia y a los políticos que se esforzaban por modernizar sus respectivos países. Precisamente por ello *Le pleurer-rire* me cayó muy bien. Conocía de América Latina la tendencia predominante a embellecer el pasado, a pasar por alto las deficiencias de la cultura popular y, sobre todo, a echar la culpa de todos los males al imperialismo y a sus agentes. El autor describe indirectamente – y por ello con un efecto vigoroso y muy bien logrado – la credulidad del pueblo, las falacias del izquierdismo pseudo-revolucionario y el oportunismo de los líderes. La cultura política que resulta de todo esto es un obstáculo para un desarrollo razonable, pero representa al mismo tiempo la mentalidad de las masas y de los dirigentes: una mezcla abominable de folklore patético, valores irracionales de orientación y machismo convencional. Es claro que esta mentalidad, muy difundida y profundamente enraizada, es parte de la identidad nacional de los países respectivos, y poca gente acepta de buen grado una crítica a los cimientos de su nación. Julitane era muy inteligente, pero no tanto como para cuestionar los fundamentos mismos de la cultura donde se había formado.

La autora de *Juletane*, Myriam Warner-Vieyra, era una mestiza de las Antillas, nacida en Pointe-à-Pitre (Guadeloupe) en 1939, que eligió vivir en Senegal desde su juventud. La novela, de carácter autobiográfico, narra la vida de una estudiante de ideas progresistas y gran capacidad de entusiasmo, que deja las Antillas para estudiar en París y compenetrarse de una cultura aparentemente universal y emancipatoria, de rasgos izquierdistas y revolucionarios. En París conoce a un senegalés, quien dice representar un movimiento de "liberación nacional" de Senegal y del África Occidental. Se enamora de él, lo sigue a su país... y se percata paulatinamente de la realidad, siempre mucho más prosaica que la poesía

revolucionaria. El hombre, musulmán, estaba ya casado y tenía una familia establecida en Dakar; Juletane, resignada, pasa a ser parte de un harem tradicional. Un tiempo es la favorita del senegalés. Joven, bonita, desenvuelta, culta y de modales cosmopolitas, resulta ser más interesante que las mujeres africanas. Pero no puede darle herederos al marido, no se integra en una sociedad moldeada según rígidos principios islámicos y se lleva mal con la madre y los parientes del hombre. Poco después este toma una tercera esposa, más joven que Juletane y, obviamente, más adaptada a las costumbres de la región y por ello menos problemática. El revolucionario hace una carrera muy normal dentro de las pautas convencionales de su sociedad, sin dejar, empero, de proclamar su ideología izquierdista de un modo cada vez más embarazoso. Juletane no quiere o no puede abandonar África, y su vida, marcada por la soledad (aunque esté rodeada por gente), se convierte en algo vacío, proclive a la depresión y a la locura. La pérdida de las ilusiones juveniles, la resignación de la protagonista, la tradición del acomodo fácil y la fuerza normativa de lo fáctico otorgan al libro un aire inescapable de pesimismo y tristeza. En el fondo se percibe una nostalgia por la cultura francesa "burguesa", respetuosa del individuo y de la emancipación femenina, que la protagonista había conocido en su infancia, antes de convertirse a las doctrinas izquierdistas de moda.

No hay duda de que esta biografía tenía paralelismos con la vida de la madre de Julitane. La conocí superficialmente, pero vislumbré que había sido una mujer de gran belleza, al mismo tiempo de origen social modesto, de carácter débil y proclive a depresiones. Esta francesa, que tenía también sangre árabe, vivía en Dakar sin tener un proyecto de vida que vaya más allá de los temas cotidianos. Julitane la quería mucho, pero no quería seguir su ejemplo. Ambas vivían en la vieja casa paterna, rodeadas de varios servidores solícitos que a mí también me tomaron cariño. Era una vivienda curiosa, cuyos recintos para recibir estaban amueblados según las costumbres árabes. Sólo en la habitación de Julitane se podía encontrar libros y otros testimonios de la cultura. Se decía que en esta casa se habían llevado a cabo las conversaciones decisivas entre el Presidente Léopold Sédar Senghor y las autoridades francesas, conversaciones que llevaron a la independencia del país, y que también en ella se pactó la disolución del nexo estatal entre Senegal y Mali. Hasta hoy me acuerdo de cada rincón de la residencia, y todos llevan el grato recuerdo de mi amiga. El

gran sofá verde limón, ubicado en la sala revestida de seda azul, preferido por el Presidente Senghor, sirvió también para amar a Julitane. Allí Senghor concibió y dictó el Acta de la Independencia.

Con ella y con mi jefe y amigo hice numerosas excursiones dentro de Senegal y a los países vecinos. Fue una época de actividades frenéticas en cuanto a viajes: la mayoría de los asuntos fue resuelta literalmente en movimiento. Estuvimos en Diourbel, ciudad provincial en el centro del país, y en Touba, que no me pareció tan interesante como la elogiaban los funcionarios de la fundación. Ambas urbes se hallan en la estepa, ya muy seca por la proximidad del Sahara, y se distinguen por abrigar un Islam muy particular, adscrito al sunismo convencional, pero con fuertes tendencias místicas y pietistas. La religiosidad popular en Senegal y países circunvecinos no contiene elementos de fanatismo e intolerancia, y se muestra más bien como un credo sincretista, en el cual se pueden rastrear elementos de diversas religiones. Las mujeres no iban veladas y lucían más bien atuendos de brillantes colores, que dejaban vislumbrar sus encantos corporales, además de joyas y turbantes de fantasía lúdica, que están lejos del tedioso puritanismo del Islam practicado en las zonas árabes.

En Diourbel conocí al padre de Julitane, quien rara vez se dignaba a ir a Dakar. Era el marabout principal de una de las grandes corrientes místico-religiosas que constituyen la cultura popular senegalesa. Diourbel era su plaza fuerte; nada se hacía en la región sin su consentimiento y permiso. Era el líder espiritual, el depositario de la gracia divina: sanaba enfermos, otorgaba la tranquilidad de espíritu a los acongojados e interpretaba el Corán de manera obligatoria. Era también la cabeza de un dilatado sector social, que, curiosamente, estaba presente en varios partidos políticos a la vez. En suma: una personalidad muy importante en el país, un intocable, un hombre consultado permanentemente por los gobernantes. Pertenece a uno de los linajes reales del África Occidental, lo que le daba un aura casi mágica en las filas del pueblo llano. El marabout era un hombre alto, delgado, de trato muy fino y de una elegancia manifiesta en todo momento. Nos recibió en un edificio contiguo a la gran mezquita de Diourbel, donde tenía su despacho. Absolvió todas nuestras preguntas con inteligencia, se permitió criticar velada y divertidamente al gobierno del

Presidente Abdou Diouf (que recibía el apoyo incondicional de nuestra fundación) y nos dio mucha información sobre el trasfondo político-religioso del desarrollo de Senegal y Mali. Julitane era su única hija (es decir: no tenía otros retoños) y, sin embargo, la trató con distancia durante este encuentro, no porque tuviera diferencias políticas o personales con ella – las que no existían –, sino simplemente porque Julitane era mujer, lo que a los ojos del marabout significaba un lugar de segunda categoría en la escala humana y cósmica. Aun así Julitane estaba muy orgullosa de semejante padre. De allí le venía a mi amiga una buena parte de su arrogancia. Y de su seguridad existencial, como comprobé con algo de envidia.

Mi jefe y amigo se dio cuenta de que las ambiciones políticas del marabout no llegarían muy lejos. Era un hombre de la vieja élite, muy alejado del pueblo llano, un intelectual sin duda brillante y sin rival en la exégesis coránica. Su francés, hermoso y conciso, era similar al de su hija. Según mi jefe y amigo, se notaba que procedía de la escuela del anterior presidente Senghor, lo que ya no era signo de estar a tono con los tiempos. Ese francés pulcro, sin acentos regionales ni tonalidades proletarias, no era el idioma usual en el país y menos aun entre la gente joven. Muchos recordaban ahora con sorna las famosas palabras de Senghor: "El francés se presta a todos los timbres y efectos, desde la dulzura más suave hasta el fulgor de la tempestad". Se creía que indirectamente era un escarnio del wolof, el idioma predominante en Senegal. Por ello y por el desempeño declinante de la corriente política del marabout, se podía afirmar que el padre no comprendía del todo el proceso de modernización en que estaba inmerso Senegal, no se interesaba por las corrientes juveniles y sus valores, no mostraba interés por el consumismo que empezaba a inundar toda el África.

Su competidor era el marabout de Touba o, como le gustaba llamarse, el califa general, hombre menos culto, pero más astuto. Este último era un virtuoso muy notable en la utilización de los medios modernos de comunicación. Sus prédicas estaban acompañadas por música juvenil estridente, sus preocupaciones se centraban en las necesidades de los más pobres, y su misticismo, que él sabía combinar con vistosos espectáculos públicos, postulaba una unión inmediata con Dios que no exigía esfuerzos intelectuales ni teológicos y sí brindaba un claro consuelo existencial. Touba, la Feliz, la Bendecida, es una ciudad situada en el centro geográfico y cultural de Senegal. Es relativamente moderna (fundada recién en

1888), de un crecimiento demográfico realmente exponencial. Ya era la segunda ciudad del país y se acercaba al millón de habitantes. Su razón de ser no es económica, sino religiosa. Su centro indiscutido es la Gran Mezquita, un edificio majestuoso, luminoso y original: el mejor ejemplo que conozco de arquitectura islámica moderna. Visitar la mezquita fue para mí una experiencia de genuina religiosidad, precisamente porque la realicé de la mano de Julitane, quien, como dije, tenía una enorme confianza en la bondad del Creador.

La Gran Mezquita de Touba es la sede principal de la hermandad del mouridismo, una variante del sufismo musulmán, que une las vivencias extáticas del misticismo con los requerimientos del mundo contemporáneo y con la asistencia social a los sectores más desvalidos de la población. La hermandad proclamaba asimismo el renacimiento histórico y político de la etnia wolof (la más populosa en el país), un renacimiento centrado en la esfera laboral y en el acceso a los bienes "razonables" de la modernidad, todo ello envuelto en un halo vagamente revolucionario y socialista. No era casualidad que en épocas de crisis y desempleo aumentase la popularidad del mouridismo, que entonces se revestía de una ideología radical. Los jefes de la hermandad manipulaban a su gusto las preferencias políticas de sus seguidores. Millones de senegaleses votaban por consigna. Estos líderes dirigían soberanamente los negocios de la hermandad, es decir sin consultar a los miembros de base, quienes, de todas maneras, no habrían comprendido esos tediosos problemas bancarios y mercantiles. Desde afuera la constelación parecía curiosa y hasta divertida: la jefatura estaba consagrada a los arcanos del capitalismo (para evitar que los seguidores tengan de contaminarse con esos asuntos tortuosos), mientras que los fieles de abajo se concentraban fervorosos en la oración y creían en una amalgama religiosa y socialista. El califa general se sacrificaba y cargaba sobre sí los pecados del mundo para que sus adherentes puedan redimirse más fácilmente.

Se entiende así el inmenso esfuerzo que hacían (y hacen) los partidos políticos senegaleses por ganar el favor de los líderes religiosos. Era la reinención de una tradición religiosa y étnica, obviamente con objetivos muy profanos, y por ello un tema prioritario de investigación para nuestra fundación y para la comunidad extranjera de Dakar. El mouridismo es, con toda seguridad, una interesante alternativa frente al Islam ortodoxo,

intolerante y fundamentalista del ámbito árabe, alternativa que tiene probablemente un buen futuro político. Esto es lo que le faltaba al movimiento del marabout de Diourbel. Los seguidores del mouridismo creían que la mezquita y sus servidores estaban protegidos milagrosamente de la corrupción imperante en el mundo profano. El califa general de Touba había conseguido del gobierno y parlamento del país notables prerrogativas legales para la mezquita y la ciudad: gozaban de leyes especiales que sólo tenían vigencia en esta especie de enclave dentro del territorio de Senegal. El padre de Julitane nunca alcanzó todos estos logros y privilegios (pese a que Diourbel era la capital provincial y no Touba), lo que imposibilitó su ascenso político hacia la cumbre del poder. Su hija habló poco de estos asuntos conmigo; el tema le era molesto. La inevitable comparación entre Diourbel y Touba le cayó mal y tal vez empezó a minar sus ilusiones. Aquella noche en Touba la vi derramar algunas lágrimas y lamentarse de su destino, pero se contuvo rápidamente y no quiso aclararme cuál era ese destino adverso. Aunque suene inverosímil y cursi, debo decir, en honor a la verdad, que cuando Julitane lloraba lo hacía como una princesa, con una gracia y dignidad que le venían de muy adentro. Desde nuestra ventana en el hotel se veía claramente el majestuoso minarete de la Gran Mezquita, lo que quitaba el sueño a mi amiga. Fue una noche muy larga de caricias interminables para brindarle algo de consuelo ante los oscuros presagios que se acumulaban frente a su carrera política.

En otra ocasión visitamos la zona fronteriza con Mauritania y su centro urbano, Saint-Louis, que fue la primera capital de Senegal. Saint-Louis no estaba restaurada, como es el caso actual, y no nos hizo ninguna impresión positiva. Cruzamos el río Senegal, poco vistoso y memorable, y nos adentramos en el desierto. No fue una experiencia romántica, y menos una deslumbrante. Nunca he comprendido porqué artistas y escritores europeos y norteamericanos se extasían ante el desierto, que es, en el fondo, la representación del vacío y la nada. Y el lugar de las temperaturas extremas, la falta de colorido y el aburrimiento. Por suerte yo estaba con Julitane, cuya cercanía fomentaba una fantasía morbosa y hasta enfermiza. Mi mente, exacerbada por el calor inmisericorde del desierto y por la monotonía del paisaje, producía fantasías eróticas sin interrupción. En todo momento quería estar a solas con Julitane, lo que era difícil dado el carácter oficial de la misión y las severas normas de mi amiga, que delante de gente exigía un comportamiento formal y reservado. Era de

rigueur que yo la acompañe a cierta distancia, que la trate de usted y que exhiba una estudiada indiferencia al hablar con ella, aunque todos sabían que formábamos una pareja estable. Su frialdad pública hacia mí era demasiado transparente, pero a ella le encantaban esos juegos inofensivos.

El viento del Norte secaba todo a su paso. Los cabellos se ponían hirsutos y rebeldes. En todo momento se sentía la arena entre los dientes y en los ojos: la plaga del desierto. No pocas casas tenían todas las ventanas y la puerta orientadas al sud, en dirección contraria a la que venía el polvo del Sahara. La arena y el desierto conferían a las calles, a las edificaciones y a todos los proyectos de infraestructura una marcada apariencia de pobreza y precariedad. Y de tristeza infinita, desolación y desamparo. Es la impresión duradera que conservo de Mauritania, Mali y otros países del Sahel africano. Mi jefe y amigo compartía esta sensación, mientras que los otros empleados de la fundación veían en la estepa y el desierto el lugar de lo auténtico, la fuente de lo original e incontaminado por la perversa civilización urbano-occidental, la africanidad propiamente dicha: lo Otro por excelencia.

Con Julitane navegué a lo largo de los cuatro grandes ríos de África Occidental: el Senegal, el Gambia, el Volta y el Níger. Son ríos algo tediosos para aquellos que buscan aventuras o grandes bellezas naturales. Ya no hay animales notables en ellos, como hipopótamos o cocodrilos; tampoco hay arboledas tropicales en sus orillas. Sus aguas, mansas y oscuras, viscosas y lentas, están libres de sorpresas y dan una impresión de suciedad y desamparo. Una de mis primeras desilusiones fue enterarme de que en toda el África Occidental no habían elefantes ni leones ni rinocerontes, que la selva virgen era un recuerdo literario, que no había grandes parques naturales y que el crecimiento demográfico había producido una extensa cultura urbana de hacinamiento, vulgaridad, pobreza y pérdida de la esperanza. En la estepa se divisaban todavía los enormes baobabs, los árboles del pan de los monos, llamados también las casas de los espíritus, famosos en la literatura histórica porque bajo ellos se celebraban las asambleas de los hombres libres. Julitane y yo coincidíamos en la crítica a este modelo de una democracia presuntamente auténtica, participativa y por ello muy superior a la democracia representativa: ¿Y cómo se podría reunir bajo un baobab a

toda la población de Dakar para llegar a una sola determinación en asuntos complejos como la recolección de basura en un medio urbano moderno?

En todos aquellos países los coloquios y las conferencias sobre la llamada democracia africana estaban a la orden del día. Ya entonces la democracia representativa, liberal y pluralista era considerada como una pérfida invención europea y elitista, alejada y hasta contraria a las tradiciones y las necesidades de los pueblos de aquel continente. El ideal era una magna asamblea de todos los varones adultos, que se reunía a la sombra de un gran árbol del pan. Los participantes discutían libremente, sobre todo acerca de temas laborales y asuntos del momento, y luego se votaba. Los que quedaban en minoría no tenían ningún derecho a seguir sosteniendo sus opiniones y menos a defender sus intereses. Había que plegarse a la consigna casualmente victoriosa y mimetizarse con la mayoría del momento. Era un sistema del consenso compulsivo, donde no había lugar para un disenso creador. Algunos derechos humanos, como el de la libre expresión y asociación, eran vistos como mecanismos para debilitar la voluntad y unanimidad populares. Sin comentarlo públicamente, en la fundación pensábamos otra cosa. La “democracia africana” era un primer paso, ciertamente importante, para edificación de un sistema democrático y para la superación del autoritarismo, pero no representaba la culminación del desarrollo histórico-social a nivel mundial. Esta democracia podía ser considerada como el comienzo de un largo camino hacia la modernidad, pero ya no estaba a la altura de la complejidad que habían alcanzado entre tanto las propias sociedades africanas, todas ellas con una notable pluralidad de intereses y divergencias.

Desde Dakar hasta Lagos nunca me sentí bien en esas ciudades, todas tan parecidas unas a otras, inseguras y sin relieve específico, exentas de monumentos históricos y culturales, sin atractivo de ningún tipo. Los robos cotidianos, los asaltos casi habituales y la criminalidad ordinaria, que impregnaban todo el ambiente de forma obsesiva, habían contribuido a tejer un fondo violento, a la vez omnipresente y turbio, que nos hacía desconfiar de todo y de todos. La manera de mirar de los hombres jóvenes, que nos empeñábamos en calificar de torva, y los sonidos duros y extraños de los dialectos nativos nos causaban un desasosiego permanente. Esta era la sensación generalizada entre la comunidad de funcionarios

internacionales, no sólo en Lagos, donde esto se acentuaba al máximo, sino también en Dakar y Abidjan, que gozaban de la reputación de relativa tranquilidad y estabilidad. Hasta cuando mi dulce Julitane hablaba en wolof, el idioma mayoritario en Senegal, me parecía que emitía tonos amenazadores y rudos. En los actos de los aborígenes creíamos ver una intención abyecta, cuando probablemente sólo obedecían a inocentes estrategias de supervivencia o a tradiciones que no entendíamos.

Pasamos unos días aburridos en Ouagadougou, capital de la entonces República del Alto Volta, para conocer Bobo-Dioulasso (ciudad con arquitectura de barro muy original) y los ríos Volta Rojo, Blanco y Negro, que luego se unen para conformar una poderosa corriente que desemboca en Ghana. Un dictador populista decidió un día, obviamente sin preguntar a la población, cambiar el nombre del país por Burkina Faso, que significa la Tierra de los hombres íntegros. También modificó la bandera, el himno y no sé qué cosas más. Nadie se opuso. Eso me llamó la atención: alteraciones de ese tipo y con bienes simbólicos de tan alta significación habrían provocado en América Latina una verdadera revolución. Pero en el África no ocurre eso. En otro país un gobierno izquierdista cambió el nombre de Dahomey por Benin (que se halla en realidad dentro del territorio nigeriano), el nombre de la capital mudó de Porto Novo a Kotonou, la bandera tricolor se tiñó de rojo continuo (como corresponde a la tradición comunista) y así pasó también con el himno nacional y otros detalles. Nadie protestó. Y tampoco cuando pocos años después Benin se convirtió sorpresivamente en una economía capitalista, abrazando el neoliberalismo con un entusiasmo sospechoso. La gente que produjo esa transición era la misma que había proclamado y practicado el "socialismo definitivo e invencible" en aquel atribulado país.

Curiosamente todas mis modestas funciones en la fundación estaban vinculadas directamente con las atribuciones de Julitane. Terminamos trabajando en el mismo despacho, cosa que a mi jefe y amigo nunca le gustó del todo. El proyecto que estuvo brevemente a mi cargo consistía en la creación de una gran revista de ciencias sociales y políticas, de alta calidad académica y tendencia crítica, que sería distribuida por toda el África. No existe hasta hoy una revista de estas características. Por ello la propuesta de mi jefe y amigo podía ser considerada como una necesidad de primer rango. La revista

proyectada, bajo la denominación provisoria de POLIS, debía resultar una buena imitación de NUEVA SOCIEDAD, que también era (y es) publicada por la Friedrich-Ebert-Stiftung para ser distribuida por toda América Latina. Pero en el caso de POLIS tropezamos desde el primer momento con dos dificultades: el problema de los idiomas y la inexistencia de buenos colaboradores. En América Latina el español tiene una propagación predominante y en su versión escrita para intelectuales es comprendido también en el Brasil. (En el Nuevo Mundo Haití y el francés no cuentan en términos de ciencias sociales.) En aquel tiempo ningún idioma aborígen africano, salvo el etiope, disponía de una escritura normada y reconocida. Como la fundación tenía, por otra parte, la intención de publicar una revista similar en árabe, destinada al Cercano Oriente, al Norte de África y a las comunidades árabes en Europa, la fundación en Dakar debía limitarse al África subsahariana, es decir al África Negra. Y allí no hay un idioma generalizado, comprendido por todas las poblaciones involucradas. Además: las élites educadas africanas piensan, hablan y escriben en los idiomas de las antiguas potencias coloniales. La enseñanza secundaria, la vida universitaria y lo que podríamos llamar la esfera intelectual se sirven casi exclusivamente de los lenguajes del Norte. Y lo más importante: los idiomas africanos carecen de conceptos abstractos, de términos teóricos y de expresiones ligadas al ámbito de la ciencia y la tecnología. Los idiomas aborígenes no tienen ni el vocabulario ni la complejidad para expresar pensamientos, demandas y críticas de las sociedades africanas contemporáneas. Muchos asuntos de la vida cotidiana tenían y tienen que ver con procesos de urbanización y modernización, en los cuales los países africanos están inmersos hace décadas, y estos aspectos no se dejan expresar adecuadamente en lenguas que han quedado estancadas desde hace muchísimo tiempo. Basta recordar que también en África los campos de las comunicaciones, el transporte y los servicios públicos están sometidos a las computadoras y, por lo tanto, a la cultura occidental moderna. Por otra parte, los propios africanos de los estratos medios y altos consideraban una afrenta tener que dedicar un solo minuto a las lenguas de sus antepasados y hacían gala de sus excelentes conocimientos en lenguas europeas. Hay que señalar que el cine, la literatura y las artes africanas del presente (con la excepción de ciertos textos de canciones) se sirven de lenguajes, figuras y motivos que provienen mayoritariamente de la civilización europea o norteamericana.

Según mi jefe y amigo lo más adecuado y democrático era utilizar los cinco idiomas de las antiguas naciones coloniales: francés, inglés, portugués, italiano y español. Julitane y otros afirmaban que el francés y el inglés eran totalmente suficientes. Mi primera tarea consistió en estudiar este problema y tomar contacto con posibles colaboradores en portugués, italiano y español. El resultado de mi análisis fue descartar totalmente estas tres lenguas y limitarnos al francés e inglés. Había una sola ex-colonia de España: Guinea Ecuatorial (el Sahara Occidental está ocupado casi definitivamente por Marruecos). Y este país era extremadamente pobre (antes del descubrimiento del petróleo), con una población muy reducida, sin producción intelectual de ningún tipo. No encontramos a nadie que pudiera escribir sobre la propia Guinea Ecuatorial. Este curioso Estado, de clima malsano, está dominado desde el día de la independencia hasta hoy por dictadores brutales y folklóricos. Para averiguar las posibilidades del italiano mandamos una comisión que visitó fugaz y superficialmente Eritrea, Somalia, Etiopía y Libia. Como lo previó Julitane: un viaje caro e innecesario. Nadie se acordaba del italiano en esos países y si alguien aprendía un idioma extranjero, era el inglés. Se trataba, por lo demás, de naciones arrasadas por la guerra civil y las dictaduras. En las antiguas colonias de Portugal – Angola, Mozambique, Guinea-Bissau, Cabo Verde y São Tomé e Príncipe – el único idioma oficial era el portugués y las élites urbanas hablaban esa lengua, pero no encontramos ni un solo intelectual que pudiera escribir un texto en ese idioma para una revista de ciencias sociales, ni pagando honorarios muy altos. Después de innumerables y tediosos debates, se decidió que la revista se publique sólo en francés e inglés. Ni aun así POLIS alcanzó la calidad y la difusión de NUEVA SOCIEDAD, y la revista no duró mucho tiempo. Menciono este tema porque así me di cuenta del bajo nivel intelectual del África subsahariana, lo que consolidó mis prejuicios acerca de ese continente.

En febrero de 1983 la fundación me envió a Nigeria para organizar un coloquio académico sobre el tema medio ambiente y políticas públicas. Hasta hoy la cuestión ecológica es algo que no interesa mucho a las élites intelectuales africanas. Por aquellos años se creía que la protección de los ecosistemas naturales representaba un designio perverso del imperialismo europeo para impedir la industrialización acelerada de las sociedades africanas y para mantener aquel continente como una especie de parque natural intocado. Mi jefe y amigo en

Dakar no quería enemistarse con el ámbito universitario (y político) en Nigeria y pensó que era más conveniente que yo, un latinoamericano con una estadía breve en aquella región y sin vínculos permanentes con la institución, hablara sobre este incómodo tema ante un público belicoso y proclive al radicalismo verbal.

Acompañado por Julitane me dirigí a la embajada de Nigeria en Dakar para conseguir una visa, y allí experimenté una pequeña sorpresa. El funcionario a cargo de este asunto me explicó, con exquisita delicadeza y hasta con sentido del humor, que la visa era una formalidad inútil, porque cualquier viajero obtenía libre entrada a ese país si adjuntaba un billete de cien dólares a su pasaporte durante el control en el aeropuerto. Mi jefe y amigo me había recomendado que, por las dudas, obtenga la visa, pues a veces esta táctica se embrollaba: la policía nigeriana exigía 200 dólares a los que no tenían visa. Esto tenía que ver con algunos aspectos repetitivos de la vida cotidiana en Lagos: extrema inseguridad, corrupción a escala simplemente inimaginable, imprevisibilidad en el comportamiento de personas e instituciones. También por estas razones mi jefe y amigo evitaba toda estadía en Nigeria, pese a que este país es el más poblado de África y uno de los principales productores de petróleo a escala mundial.

Al pasar el control de migraciones en el aeropuerto de Lagos, Julitane y yo entregamos los pasaportes con la visa, pero sin el dinero. Un vidrio oscuro impedía ver al funcionario de policía. Sin decir una palabra una mano negra se mostraba y exigía imperiosamente algo más. Me hice el que no entendía esos signos, pero poco a poco se formó una cola bastante numerosa de viajeros detrás de mí, que protestaba porque un tipo tacaño perjudicaba a todos los demás. Ante esta presión adjunté doscientos dólares por ambos e inmediatamente nos dejaron ingresar al sagrado suelo nigeriano. Nuestro equipaje llegó abierto y casi vacío, pero un funcionario, comedido y elegante, me dijo por cien dólares se podía enmendar este “pequeño problema técnico”. Así fue. El director de nuestra fundación en Nigeria ya nos esperaba, y pronto abandonamos el gigantesco aeropuerto, copia fiel del de Frankfurt: un edificio sobredimensionado, que, por razones obvias, fue la delicia de la empresa constructora. En el centro de Lagos nos topamos con un inmenso atolladero de tráfico, que según mi anfitrión, era cosa de todos los días. En nuestro automóvil se hallaban también los

dos guardaespaldas de la fundación: unos hombrones risueños y seguros de sí mismos. Allí, en el Abdubakar Tafawa Balewa Boulevard, la avenida principal de la entonces capital nigeriana, nos quedamos detenidos por espacio de una hora. En un momento dado dos africanos enormes salieron del vehículo que nos antecedió, se pusieron a ambos lados de nuestro automóvil e intercambiaron en yoruba unas palabras algo ríspidas con nuestros guardaespaldas. Estos nos comunicaron que era un asalto y que toda resistencia era inútil y, además, peligrosa. Los asaltantes, en un raptó de generosidad, declararon que no querían dinero ni nada semejante: sólo nuestros relojes y cámaras fotográficas. Obtuvieron rápidamente el pequeño botín y regresaron a su vehículo. Nosotros quedamos inmovilizados en el mismo lugar por otra media hora, conversando sobre problemas de tráfico en las grandes ciudades y los gajes de la modernidad y devolviendo los saludos que de vez en cuando nos mandaban los ocupantes del automóvil de adelante. Nuestros guardianes sonreían con el sentimiento del deber cumplido.

Lagos tenía y tiene la bien ganada fama de ser la ciudad más fea y peligrosa del mundo. No existía algo así como un centro histórico. En los barrios residenciales se apilaban montañas de basura de más de cinco metros de altura. Cientos de edificios estaban a medio concluir, habitados por marginales y llenos de escombros malolientes. En la rada de Lagos, con aguas poco profundas, se encontraban más de treinta barcos a medio hundir, oxidados y cubiertos de vegetación, fruto del cobro fraudulento de algún seguro. En medio de una zona residencial se encontraba la mayor atracción de la ciudad: una laguna pantanosa y pestilente, donde habitaban los cocodrilos sagrados del culto yoruba. Se decía que cada noche desaparecían algunas personas en aquellas aguas: políticos opositores, esposas infieles, intelectuales incómodos. El alcantarillado era abierto y en la época colonial británica había sido concebido para una ciudad de unos 300.000 habitantes. Las aguas servidas discurrían plácidamente al descubierto. (Lagos se halla en una zona muy caliente y húmeda, a poca distancia de la línea del Ecuador.) Cuando yo estuve allí, Lagos ya tenía seis u ocho millones de habitantes; nadie lo sabía exactamente. Masas de inmigrantes de toda el África, atraídos por la bonanza del petróleo, paseaban cantando y bailando por las calles, pero a la vez aterrorizando y robando a los pocos transeúntes. Todo nigeriano respetable tenía por lo menos un revólver y dos guardaespaldas, y jamás iba a pie.

A los pocos días viajamos a Ibadan, sede de la más prestigiosa universidad nigeriana y de su ya afamado Instituto de Altos Estudios Internacionales. Una supercarretera de ocho carriles por dirección unía Lagos con aquella ciudad. Pero a cada momento un enorme vehículo a contrarruta se abalanzaba por el carril de la extrema derecha, de modo que el trayecto a Ibadan fue también un intento incesante de evitar choques con automotores a contramano. A ambos lados de la carretera se hallaban restos de camiones y autobuses volcados y abandonados. El petróleo había sido una bendición para este país, que importaba mucho más whisky y licores que libros y materiales escolares. La abundancia súbita de divisas y la posibilidad de comprar casi todo en el exterior con una moneda sobrevalorada habían arruinado la incipiente industria local, fomentado un consumismo muy expandido y fortalecido una élite corrupta y autosatisfecha, que había desplegado notables destrezas en la manipulación de la consciencia colectiva. Hasta hoy las cosas han cambiado poco.

En el Instituto de Altos Estudios Internacionales de la Universidad de Ibadan, ante la flor y la nata de la intelectualidad nigeriana, leí mi discurso sobre la necesidad de políticas públicas de largo alcance en lo que se refiere a la protección del bosque tropical y de los ecosistemas amenazados. Desde un comienzo mis oyentes dieron muestras de impaciencia ante un tema incómodo. Después de media hora se levantó un murmullo de molestia y hasta mal humor. Un distinguido catedrático me interrumpió y afirmó que lo que yo decía se parecía nada menos que a los programas de los Partidos Verdes en Europa, dando a entender que ello era la culminación de las ideas más horribles y necias que la mente humana podía concebir. Casi todo el público se plegó a esta muestra de disconformidad, y allí mismo empezó una sesión de bromas y música tropical improvisada, cosa muy usual en aquel continente. Mientras yo daba por concluido mi discurso, comprendí porqué no hay leones ni elefantes ni selva tropical en el África Occidental. Para ver esas hermosas creaciones de la naturaleza, uno tiene que ir a algún parque natural en Kenia, Tanzania o en la República Sudafricana. Años después mi jefe y amigo me informó que algunos de los participantes en el coloquio llegaron a ocupar puestos bien pagados en instituciones consagradas al desarrollo sostenible (cuando este tema alcanzó una gran notoriedad en las organizaciones

supranacionales) y que el famoso profesor que no me dejó terminar mi modesta alocución había llegado a ser Ministro de Medio Ambiente del último gobierno militar en Nigeria.

El director de aquel instituto y vicerrector de la Universidad de Ibadan nos invitó a cenar a su residencia privada para hablar de “temas serios”. Me acuerdo sobre todo de un comedor inmenso, recubierto de maderas nobles, donde nos esperaban deliciosos manjares. A la entrada cada huésped recibía tres regalos: una mujer joven, una botella de cinco litros de whisky y unas hierbas contra la indigestión. El anfitrión nos aseguró que las chicas eran de Mali o Etiopía, como las que ofrecía todo hombre generoso. Pese a estar acompañado por Julitane, tuve que aceptar a la chica, pues rechazarla hubiera sido considerado un acto de torpeza y arrogancia colonialista. El ambiente estaba altamente refrigerado: en el África se considera hasta hoy como cosa muy fina que los interiores estén a temperaturas polares. En las cuatro paredes de la habitación había enormes pantallas de cine, dos por lado, para que todos los huéspedes gozaran “integralmente” del espectáculo. Los programas estaban a todo volumen y no había manera de apagar o mitigar el sonido. Una de las películas era erótica y la otra de deportes. El tema serio de conversación era, obviamente, la posibilidad de que nuestra fundación se muestre generosa con la universidad y con sus cientos de programas del más dudoso contenido. Lo curioso es que esta gente conseguía invariablemente jugosas tajadas de la cooperación internacional.

Volviendo de Nigeria volamos a Kotonou, capital de Benin, de la cual sólo recuerdo arcos de triunfo, pancartas, adornos y decoraciones en rojo y con consignas revolucionarias. Hicimos escalas en Lomé, capital de Togo, lugar muy provinciano, y en Abidjan, la capital de la Costa de Marfil. Esta había sido la colonia africana más exitosa de Francia, con una notable producción agrícola basada en el cacao y destinada a la exportación. La boyante economía de Costa de Marfil atraía a millones de migrantes de otros países. Abidjan era entonces una ciudad muy cara, con edificaciones imponentes y restaurantes lujosos, sin nada específico para el turista con intereses culturales. Hasta el agua mineral venía de París. Todo esto no impidió que en años posteriores estallase en Costa de Marfil una guerra civil de grandes dimensiones y muy persistente. Luego volamos a Bamako, capital de Mali. Hicimos algunos trayectos en autobús público (un verdadero sacrificio) y otros por agua, navegando

a lo largo del río Níger rumbo a las ciudades de Djenné, Mopti y Timbuctú (también Tombouctou), en las cuales se puede admirar las grandes mezquitas, las murallas y otras edificaciones enormes e imponentes, construidas enteramente de barro y sostenidas por vigas y travesaños vistos de madera. Se trata de una arquitectura muy original, similar a la que se halla en el Yemen: sólida, misteriosa, de tonalidades claras y con una gracia difícil de describir. Mali es sin duda un paraíso para antropólogos e investigadores de identidades curiosas y perdidas en la bruma de la historia. La vestimenta de hombres y mujeres, de hermosos colores y formas exuberantes, es la más vistosa de toda el África. De la mítica Timbuctú, ciudad situada ya en pleno Sahara, en el gran codo que forma el Níger antes de dirigirse al sudeste y que estuvo estrictamente prohibida a los extranjeros hasta fines del siglo XIX, queda muy poco en pie, sus edificios están ruinas y las calles llenas de arena, pero en Djenné se puede ver un centro urbano casi intacto de la cultura maliense, sobre todo la gran mezquita y los palacios de los reyes. Por lo demás el curso perezoso del Níger, los dilatados cultivos de cacahuets, el tedioso paisaje de la estepa y el desierto y el habitual desorden de la administración y de los servicios públicos hacían aflorar mis prejuicios contra el África.

Durante aquel viaje a través de Mali, que fue a paso lento, Julitane me recitaba versos sueltos, especialmente sus favoritos, que eran los compuestos por el Presidente Léopold Sédar Senghor: Mujer desnuda / mujer negra / vestida del color que es la vida, / de la forma que es belleza... En francés la poesía de Senghor tenía una musicalidad nata, un ritmo poderoso que venía de sus raíces. Sus versos simbolistas, que décadas antes habían sido la lectura obligada de los revolucionarios, estaban cayendo en el olvido. En Mali la gente culta tenía sólo una sonrisa displicente por la obra de Senghor: decían que era una creación artificial, copiada de fuentes "imperialistas", sin la savia del pueblo auténtico y sin el mensaje revolucionario que el momento demandaba: un mero ejercicio retórico. Los más informados se burlaban del ingreso de Senghor a la Académie française, convirtiéndose en el primer africano que entraba al recinto de los Cuarenta Inmortales. El futuro político de Julitane me pareció muy difícil y poco promisorio.

En Mali, acercándose la fecha de mi partida, yo le propuse matrimonio, que ella no aceptó. En Senegal quería hacer la carrera política que el destino negó a su padre. Si la comprendía bien (pues a menudo Julitane era muy vaga cuando hablaba de política), tenía como programa reivindicar un socialismo moderado, cosmopolita, democrático, sin manías populistas o desvaríos nacionalistas. La fraternidad entre los explotados — palabra entonces sagrada en África — no debía impedir el surgimiento de individualidades fuertes y únicas. "Hay que acceder a la modernidad sin pisotear nuestra autenticidad". Era el programa de Senghor, demasiado hermoso e impreciso para ser puesto en la práctica. Y, además, Julitane era mujer en un ámbito islámico y machista, donde el bello sexo no tenía presencia pública. Como en todas partes, los políticos se especializaban en el arte de seducir y manipular a las masas. Mi amiga no sabía nada de esos menesteres; hablaba de manera demasiado directa y elegante, decía cosas muy interesantes, pero incómodas, se interesaba por la creación artística y literaria, se vestía de forma cosmopolita. Se notaba a la legua que era superior al promedio de los mortales, cosa que la humanidad soporta mal. En África y en cualquier lugar del mundo estas cualidades constituían estorbos para el éxito político. No se lo quise decir entonces, pero me parecía que sus designios en esta esfera estaban destinados al fracaso, como los míos.

La actitud de Julitane hacia mí no cambió hasta el último día de mi breve estadía en Senegal. La última semana fue casi igual a la primera. Desde entonces (1983) no quise y no pude saber casi nada de ella. No mantuvimos ninguna comunicación. Mi jefe y amigo se fue por aquellas semanas a la India, donde había sido nombrado director de la Friedrich-Ebert-Stiftung. Lo único de que me enteré casualmente es que la carrera política de Julitane fue un fracaso. Cuando veo otra vez sus pocas fotografías y cuando escucho la cinta grabada con su voz, me conmuevo como en el primer instante. Reitero lamentablemente un lugar común, pero no encuentro otras palabras. La pasión que sentí por ella se ha transformado en un agradecimiento a Dios por haberme dado algo tan bello y satisfactorio.

Yo no quería y no podía vivir en Senegal: el país y toda la región me caían francamente mal. Y además no tenía ninguna perspectiva laboral. Era la misma situación de Julitane proyectada a América Latina. Ella tenía razón: en Francia o en el Nuevo Mundo sería una

simple desconocida, una africana discriminada. Comprendí sus motivos y no insistí: el amor, por más grande que sea, no compensa todo. La despedida fue breve y sin sentimentalismo; Julitane mostró una discreta tristeza, contenida por la buena educación, y un dolor mitigado por saber lo inevitable. Sus emociones tenían un trasfondo estoico-aristocrático: el sufrimiento tiene la función de ennoblecer nuestro espíritu. Me dijo una vez que la inteligencia sirve para convivir con el vacío, la maldad y la mediocridad. No habría que buscar consuelo por todas partes, pues esto sería cosa de la plebe.

¿Porqué consideré este amor como perfecto? No hubo ocasión de enfadarnos. No hubo tiempo para la desilusión.